

Memorias, relatos y retratos

Nos sentamos una frente a la otra, rodeadas de libros. No sabía como iniciar la entrevista. La compañera que iba conmigo se sentó a mi izquierda, me veía esperando que yo iniciara. Me sentía nerviosa –regularmente me siento nerviosa, mi timidez me hace tomar una postura seria o distante de las personas cuando las conozco recién–, pero este nerviosismo no era de incomodidad o por mi timidez, al contrario, sentía que conocía a esa mujer de antes, desde que nos recibió en las puertas de su oficina, me dieron unas ganas inmensas de abrazarla, y eso que aún no tenía idea de quien era esa mujer, de con quien me iba a encontrar.

Ante nuestros silencios y dado que íbamos a entrevistarla, no tuve más opción que aclarar mi garganta y decirle:

–Gracias por aceptar la entrevista, le contábamos a su hijo que estamos haciendo una serie de programas para nuestra radio por internet sobre la memoria, los programas se llaman Memorias, relatos y retratos. Su hijo nos contó que usted militó en el EGP (Ejército Guerrillero de los Pobres) tal vez, podríamos hablar sobre eso. Si usted así lo quiere omitiremos su nombre y distorsionaremos su voz.

Ella me interrumpió y nos dijo:

– Mi hijo me dijo que querías hablar conmigo sobre el frente que se estaba formando en el oriente a inicios de los 80s. ¿Porqué estás tan interesada en el oriente?

–Bueno– contesté un poco sorprendida– pues yo nací en un municipio de Chiquimula, y una tía cayó en el 82, creo que en Jocotán en la Sierra de las Minas, además nadie habla del oriente, quiero que se hable del oriente.

Ella me vio por un momento, luego dirigió la mirada a mi compañera, entonces viéndome de frente a los ojos dijo:

–¿Quién es tu tía? ¿Cómo se llama?

–Cómo yo, Flor de María Calderón

Sus ojos parecía que iban a derretirse, eran como mantequilla cerca del fogón

–¿Vos sos hija de Anabella?

Fue entonces cuando sentí la primera vez, de las tantas en toda la entrevista, que eran mis ojos los que iban a derretirse.

–No, soy hija de Bernal. ¿Usted conoció a Flor de María?

–Yo la recluté. – Luego viendo a mi amiga dijo:

–Cómo es la genética, tiene sus ojos y su sonrisa.

Deseo en ese momento, con todas mis fuerzas, con toda la magia a la que a veces me doy el lujo de invocar, tener su forma de ver, ver como ella, ser como ella, quise ser sus ojos.

Mi tía, para mí y en mí, ha representado siempre un par de ojos buscones enamorados de la luna. También un ideal, un solecito para corretear. Yo no la conocí, ella tampoco a mí. La tía Mia (como algunas personas le llamaban) cayó meses antes que yo fuese concebida. Sin embargo marcó mi vida, al ser heredera del nombre, de alguna forma me heredó los sueños. Hace unos días jugaba con la única foto de ella que tengo, en un programa de diseño cortaba sus ojos y los míos y los ponía uno bajo el otro, buscaba en el juego encontrar el parecido que Ella, su amiga, encontró. No lo logré, creo que nuestros ojos no se parecen en realidad. Pero Ella vio el parecido, a lo mejor quiso reencontrar a su amada Florecita en mí.

Pero de alguna forma, al nombrarla en mis ojos, la dejó en mí. Me regalo una imagen del fantasma de la mujer que marcó mi vida, esa mujer que fue el dolor en los ojos de mi padre hasta que este también murió. La amada hermana de mi padre, por fin me había sido presentada, me había abrazado y se había quedado conmigo en mis ojos.

Mi tía es una de las tantas mujeres valientes, críticas y honestas que han parido los verdes irreverentes de Guatemala. Maestra de formación y de oficio, trabajaba en una escuela de la zona 5, cercana a los sacerdotes jesuitas. Estudiaba psicología, era bajita, delgada, de hermosos ojos, mi madre habla de ella como una «mujer de carácter fuerte» otras personas me han dicho de ella que era dulce y algo tímida. Inteligente, eso me lo ha dicho todo el que la conoció. Su primera formación la recibió de la iglesia, allegada a la teología de la liberación, era obviamente católica.

Florecita era tantas cosas, menos una loca enamorada de la violencia, como nos han querido presentar a los caídos en esa horrible guerra, que hoy nos sigue pasando a todos por el cuerpo y la realidad que se nos presenta día con día.

De esa guerra en de la que mi tía tuvo un papel de reparto, se han dicho tantas cosas desde diferentes voces y lugares. Víctimas y victimarios han tomado la palabra, otros la han usurpado, otros más han preferido callar, porque deben o porque temen, pero hasta esos silencios si sabemos escuchar, nos dicen tanto. Pero a mí sentir no hemos dado la oportunidad de hablar a los muertos. Sí, a los muertos. Y es que creemos que los muertos no hablan, como hemos creído que la tierra no lo hace, o que existe una historia única: la oficial. Porque creemos que la memoria es recuerdo, palabras muertas en libros o en los llantos de dolor de las víctimas. Porque dejamos de preguntarnos. Porque no sospechamos qué hay detrás de cada versión de la historia. Porque no intentamos entender, nos empecinamos en juzgar, señalar y culpar.

Flor de María, como tantas mujeres y hombres que se alzaron de diferentes formas ante el sistema, el estado y/o el gobierno, no lo hicieron desde la exclusión a las minorías étnicas o raciales, por su propio acceso a la educación, la salud, el trabajo. Muchos y muchas tampoco lo hicieron desde la conciencia de la llamada «opción por los pobres» dar pan al hambriento, y agua al sediento. No se unieron a los grupos insurgentes por caridad o empatía. Hay razones de peso, cuestiones históricas, indignación añeja en cada voz que se alzó, en cada fusil que se disparó. En cada mujer y hombre que fue alfabetizado, porque valga aclarar que las guerrilleras (eran en su mayoría las mujeres alzadas las que alfabetizaban y formaban) no sólo enseñaban a tirar, enseñaban a leer, a pensar, y estoy segura de que todo eso sólo se puede hacer desde una profunda convicción en el futuro, desde el amor y la pasión a la semilla, a los niños, a la vida.

Me gusta escuchar a los muertos, hablar con ellos desde los libros, desde el presente. Disfruto sentarme en los parques y ver a los vivos caminar, ver su paso rápido, su desconfianza, su alerta del mundo, y es en el Ser de los vivos cuando escucho a los muertos hablar. Y ellos y ellas me han dicho que los cientos de jóvenes con papel de reparto en esa terrible guerra, no se alzaron por usurpar la palabra de nadie, por buscar aventura, por aburrimiento o por protagonizar en historias de tiros y lucha de poder.

En las colas en los hospitales, en las huelgas, en los ojos morenos tristes, en la universidad pobre llena de comercios, en los niños hambrientos, allí los muertos me hablan y me cuentan que tomaron armas y alzaron palabra, porque fueron conscientes de ser hombres y mujeres históricamente oprimidos. Porque vieron en ese acto la posibilidad de hacer futuro, de tener un futuro diferente. Porque de alguna forma entendieron lo que nosotros no logramos entender, que se puede vivir de otra forma, que soñarse sin cadenas es una forma de la liberación.

El próximo 19 de marzo se cumplirá un año de la apertura a juicio contra Efraín Ríos Montt, por el genocidio perpetrado en los 17 meses que duró su dictadura, contra el pueblo maya Ixil. Un juicio que movió a Guatemala, que cruzó fronteras. Sí claro, se juzgaba a un ex jefe de estado por genocidio en un tribunal nacional, eso desde luego va a ser noticia que transgreda fronteras y continentes. Pero hay algo más importante, más contundente, algo que no hizo tanta noticia por su trascendencia «subversiva»: se cuestionó la historia única. Durante dos meses escuchamos a los muertos hablar y nos dijeron que hay otras Historias.

Mi tía Mia y yo, somos de lo que quizás sea el municipio más ladino de Chiquimula. Y voy afirmar lo que sólo haberlo vivido me da derecho de afirmar: Ipala es un municipio racista hasta la médula, y ese racismo le hace más daño a los propios racistas que al resto del mundo que se odie. Porque el racismo es ignorante, es una concentración de odios a la diferencia por temor a perder los privilegios «ganados» a puro expolio y explotación, haciendo creer que el «otro» es inferior, justificando con una serie de creencias y mitos ridículos la superioridad de lo que termina siendo una serie de falacias estúpidas. Cuando una logra ver todas esas cosas, duele, duele profundamente y entonces una *no quiere ser de ese lugar*, un poco al modo de Arce, una ama y aborrece a la vez, porque el amor en esas circunstancias duelen.

La gran diferencia entre mi tía y yo es que cuando ella entendió que habían dos Guatemalas, y que ella había nacido para ser parte de la Guatemala que podía

oprimir, es decir, sus potencialidades de clase eran llegar a ser una opresora, o mejor dicho: la mujer de un opresor. Sin embargo ella tomó, gracias a la colectividad de la que se rodeó, conciencia de sus propias opresiones y transitó de sus potencialidades opresoras, a su conciencia de oprimida y a luchar, desde ese oriente racista, donde fue capturada, asesinada y desaparecida por el ejército. Yo que no tengo su nobleza, he llegado a escupir sobre mi pobre ombligo.

Durante los casi dos meses que duró el juicio por genocidio contra el grupo étnico maya ixil, luego de escuchar testimonios, peritajes, testigos de la defensa. Cada noche de esos días, al intentar sacar de mis pulmones el aire rancio de las dos Guatemalas disputándose la historia en la sala de vistas, en las calles, en la televisión, en los diarios, yo recitaba silenciosamente:

(...)Amo, con todo lo que soy, este suelo y su gente.

Por eso mismo, sufro de manera atroz.

Por eso mismo, me duele hasta el aire que pasa.

Por eso mismo, no quisiera estar aquí.

No quisiera ser de aquí.

No quisiera amar tanto a este país, a esta gente.

El amor se me tranforma en dolor. Y eso no es justo. (Manuel José Arce. *Yo no quisiera ser de aquí*).

Y me da culpa y me da pena. Porque han habido cientos, miles, millones quizá de guatemaltecos y guatemaltecas como mi tía, actores de reparto, soportes en el drama o la trama, que no se dejaron llevar por ese sentimiento, que lucharon, que entendieron y porque eran de aquí y estaban orgullosas de serlo, dieron todo lo que eran por conquistar el futuro.

La amiga de mi tía me contó que la última vez que la vio fue en México, antes de irse le dijo:

–Florequita no te vayas, quédate aquí con nosotros. Te andan buscando, te van a matar, vos sos una mujer inteligente que vales más viva, aquí podes aportar, hacer tantas cosas desde aquí. Ella sólo me miraba –me contaba con la mirada llena de todas las tristezas– y me decía tengo que regresar, yo tengo que luchar con mi gente del oriente, de ahí soy, ahí pertenezco.

Flor de María regresó a Guatemala como tantos otros, no a morir, regresó a vivir, a luchar, porque amaba, no porque fuera una loca irresponsable, sedienta de aventura, regresó porque amaba, su conciencia y coherencia le dictaban que debía regresar con *su gente de oriente*. Cuentan por ahí que el grupo de mi tía cayó enterito, fueron delatados por campesinos de esa zona. El ejército acabó con ellos.

Yo no conocía Flor de María Calderón, y ella no me conoció a mí. Sin embargo tengo de ella una memoria, un relato y un retrato, que bastan y me sobran para saberme heredera de sus sueños, de su nombre, de su lucha. ¿Y por qué no? También de sus ojos.

